

La Sacratísima Imagen de Jesús sea derramando su piedad divina, sea adentrando en las almas, en los cuerpos y las mentes de todas sus criaturas ese hábito, ese aliento que a semejanza de ese soplo de vida inicial que la materia recibiera, llegue a levantar vuestro ánimo, luego a concientizaros una vez más de cuanto se os ha dicho, de cuanto se ha entregado como un legado de su sabiduría, como un tesoro de valor incalculable porque es perenne y permanece por siempre si es adentrándose en las fibras del alma verdadera, en su fe, en la firmeza y la determinación de mantenerse erguida, ágil y dispuesta siempre al cumplimiento del mandato de ese Padre, a seguir todas y cada una de las disposiciones que sean dadas en la medida y el desarrollo de los tiempos, tiempos que son sí de turbulencia, en los que a veces pensáis que todo está perdido, mas os digo que inmensa como su caridad es la misericordia de ese Padre, no insensible, como se os ha dicho y reiterado ante los ruegos leales, sinceros, de aquéllos a quienes ha podido llegar de su palabra, de los que han aprendido a asimilarla, a degustarla y sobre todo a comprenderla, porque entended, no se comprende lo que se dice en un momento si una vez que se termina la lectura, se vuelve el rostro para ignorar ya más de ello, no se comprende si a la par que se lleva la señal de esa bendita Cruz en vuestras manos, no os hacéis verdaderos ejemplos patentes de su palabra y es de esta forma que nunca el alma se siente satisfecha, porque se le da por un momento el saborear la certidumbre y la confianza de esperar en el Padre su mejor voluntad en sus mandatos, pero a la par la materia aquí en la Tierra se doblega a las bajas pasiones, se deja llevar por un rencor insano, por esa turbulencia que como ola maligna va arrasando y envolviendo todo a su paso y no os da la oportunidad de hacer la reflexión con la cordura y la medida necesarias para poder actuar correctamente acorde a cuanto pretendisteis acatar, a cuanto os adentrasteis en la enseñanza, en los mandatos, en el buen propósito de llevar la palabra de paz, la paz de mi Señor, como es sabido que corresponde a su Inmaculada Vestidura; es menester por ello mis hermanos, daros una y otra vez el buen consejo, la oportunidad sana y bendita de haceros recapacitar en los momentos en que justamente la humanidad es lo que más necesita, la paz de mi Señor pero adentrada, puesta en ejemplo y entregada a través del amor y el buen consejo.

ELIAS

Obviamente cada uno de vosotros os diréis ser ya conocedores de cuanto en la materia se ha entregado, de cuanto se os ha dicho tantas veces y que por repetitivo os parecería hasta necio, pero si profundizáis un poco en cada uno y hacéis como una tabla de comparación con resultados, veréis que no es tan necio o tan repetitivo como sí necesario el haceros llegar el buen consejo, el haceros reaccionar en muchos casos ante los acontecimientos que cada día por no decir cada minuto, cada hora os sorprenden de cierta manera, entonces os percataréis de que aun en las condiciones adecuadas en que vosotros os encontráis en este momento, de cuanto es ocurriendo a vuestro derredor, en vuestro entorno y llegaréis a comprender quizás la necesidad constante de refugiarios o de buscar como un buen consejo a través de ciertas reglas ya marcadas, a través del contenido verdadero y en especial de la esencia que es lo primordial de cuanto representan las lecturas que por gracia de mi Padre es permitiéndoos y es así y de tal manera, que vosotros mismos lo percibís cuando en ocasiones sin daros cuenta actuáis en un sentido o en otro y os percataís si estáis, si sois acordes a cuanto se os ha enseñado y mostrado como lo adecuado a lo que requiere vuestro Padre de vosotros, porque es el recurso que que habéis aprendido, es el consuelo que a vosotros podéis daros y dar a todos aquéllos que son más débiles que vosotros mismos y ciertamente más lo necesitan, de esa inyección de fuerza, de esa fe que conjunta se acrecienta, se hace más fuerte y poderosa y puede levantar los corazones, puede renovar las energías y haceros emerger aun del océano de vuestras debilidades que son tantas.

FIDEL

Sea el loor a la Inmaculada Virgen de los Cielos, sea esa alabanza tantas veces mencionada aunque pocas verdaderamente valorada por cuanto representa para todos vosotros el consuelo, el verdadero ejemplo de la fuerza de fe, de la ternura que no obstante las circunstancias que se vivan, se mantiene tan inalterable como su propia divina estructura espiritual lo exige, lo requiere, que siendo MADRE DEL REDENTOR diréis vosotros que es algo inherente a su